

BIBLIOGRAFIA

cusión actual, examinando posiciones particulares y retrayéndolas a sus últimos supuestos. La Dialéctica es vista como misión y tarea de la filosofía (p. 16) y como futuro anticipado de la humanidad (p. 29). En esta perspectiva no podía faltar ni un análisis de la negación (p. 56-78) ni un estudio sobre la repercusión de Hegel en las tareas de la Revolución y en la categoriología de la crítica. En la segunda parte se estudia lo que a juicio del autor son aporías fundamentales de la tradición, tanto desde el punto de vista lingüístico (p. 196-206), como desde el punto de vista de los sistemas filosóficos y de las partes internas de la filosofía. De nuevo, y tratando del problema de la finalidad, vienen a colación las figuras del Platón, Aristóteles y Hegel. Esta discusión prepara el final de esta parte, dedicado a la teología dialéctica.

El tomo segundo, dedicado a Logos de la Dialéctica y a su lógica, trata de la evolución sistemática de la Dialéctica como tema, de su lógica y de su verdad. Intenta encontrar el lugar filosófico de la dialéctica, su enorme campo conceptual; y en esa empresa se desarrollan temas tales como la verdad, la unidad y la substancia (especialmente la rehabilitación del concepto de substancia, eliminada en la Edad Moderna). Interesante es el último esfuerzo que el autor realiza en conciliar las distintas tradiciones del pensamiento occidental dentro de una síntesis necesaria.

Este segundo tomo se inicia con la idea de una crítica universal del sentido, dentro de la correlación de «theoría», «praxis» y «poiesis», términos a los que el autor metódicamente hace corresponder con

los de «conocer», «operar» y «configurar», y respectivamente con los de «verdad», «bondad» y «belleza»; a esta triple temática la añade otra en los términos de «esperanza», «fe» y «Dios», en discusión con algunas tesis del empirismo lógico. Interesante es la meditación que hace sobre el constructivismo moderno y sus límites (II, p. 16-29). El aspecto epistemológico es recogido en el capítulo IX, dedicado a la cuestión de la objetividad, o mejor, a la constitución del objeto. El aspecto metafísico está expresado en el capítulo X, dedicado a explicar la noción de unidad, y en el capítulo XV, orientado a la rehabilitación del concepto de substancia. También las connotaciones morales son atendidas en el capítulo XIII, dedicado a la fundamentación ontológica y trascendental de la ética.

En resumen, aunque el libro no está dirigido a realizar un «sistema» de teoría dialéctica, expresa el esfuerzo del autor por establecer, desde una posición dialéctica que se va organizando paulatinamente, un cauce positivo de diálogo con las principales corrientes del pensamiento actual (incluida la filosofía analítica).

JUAN CRUZ CRUZ

HINSKE, Norbert: *Lebenserfahrung und Philosophie*, Stuttgart-Bad Cannstatt, Frommann-Holzboog, 1986, 239 págs.

El libro de Hinske se centra sobre «la experiencia de la vida» (*Lebenserfahrung*), que a su juicio es una de las raíces más constan-

BIBLIOGRAFIA

tes de la filosofía antigua y medieval. «La experiencia de la vida» es un modo peculiar de experiencia que cumple una función básica. Esta experiencia no es simple acumulación de datos, una mera información —insustituible, desde luego—, sino también y más fundamentalmente, un ingrediente que concierne a la dirección y realización de nuestra vida.

En primer lugar, analiza el concepto de experiencia de la vida (*Lebenserfahrung*), desde el que se comprenden las distintas significaciones de este concepto, la presencia de las más importantes dimensiones existenciales que confluyen en tal experiencia, así como la delimitación de «la experiencia de la vida» frente a la experiencia científica.

Cuando el autor se pregunta qué es «la experiencia de la vida», apela al íntimo ligamen que en el pensamiento de Kant tiene la realización vital, la experiencia y el conocimiento. Es interesante la parte dedicada a explicar la multiplicidad de significados que tiene en Kant el concepto de experiencia: experiencia como conocimiento del mundo, experiencia como prudencia, experiencia como saber pragmático y experiencia como observación. Según Hinske las dimensiones fundamentales de «la experiencia de la vida», se reducen a dos, incardinadas en la noción de prudencia (*Klugheit*): la dimensión pragmática —en virtud de la cual aparece la prudencia externa o mundana (*Weltklugheit*)— y lo que el autor llama dimensión prohairética —según la cual surge la prudencia privada (*Privatklugheit*).

En segundo lugar, explica «las

experiencias de la vida» más fundamentales, en cuyo interior cumple la existencia humana un papel clave. En esta parte se estudian las formas de ilusión (experiencias engañosas), así como la experiencia de la muerte, que hace un balance de la totalidad del ser humano.

Se debe destacar el análisis que el autor realiza de las distintas representaciones de la felicidad que se han dado en el curso de la Historia (tener felicidad y ser feliz, antinomia de destino de la vida y conducción de la vida, capacidad del hombre para ser feliz). También la experiencia de la muerte es tratada pormenorizadamente tanto desde el punto de vista de lo que el hombre puede esperar naturalmente, como desde el de la creencia.

Por último intenta comprender la filosofía misma y sus distintas tareas por relación a «la experiencia de la vida». Es interesante el análisis que el autor hace sobre las distintas significaciones que tiene la pregunta por el comienzo de la filosofía; y no podían faltar indicaciones pertinentes sobre el asombro (*Staunen*) como comienzo del filosofar.

«La experiencia de la vida» es, como problema teórico, necesaria para resolver las cuestiones del comienzo del filosofar, de la misma temática filosófica, de la interpretación o hermenéutica que el pensador mantiene acerca de la filosofía. La exposición de estos problemas, aunque está hecha al filo del pensamiento kantiano, se ve enriquecida continuamente con referencias a Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, etc.

Se trata de una obra que, concebida rigurosamente desde el pun-

BIBLIOGRAFIA

to de vista filológico-filosófico, aporta claves importantes para comprender el sentido en que el hombre experimenta su vida.

JUAN CRUZ CRUZ

LÓPEZ DE SANTA MARÍA DELGADO, Pilar: *Introducción a Wittgenstein. Sujeto, mente y conducta*. Barcelona 1986, Herder, 272 páginas.

Aclarar qué es lo que puede ser dicho y lo que únicamente puede ser demostrado y no es, por tanto, expresable en proposiciones: este es para la filosofía analítica y, particularmente, para W. el problema cardinal de la filosofía.

El propósito de la obra «es investigar un aspecto de los contenidos filosóficos que se encuentran detrás de la filosofía del lenguaje de W.: su concepción antropológica» (pág. 12), partiendo de la base de que su pensamiento es una filosofía *vía* lenguaje en la que éste no es ni siquiera el tema principal. Esta tesis la desarrolla la autora ofreciendo frecuentes textos y con un gran dominio de la bibliografía sobre el tema, por lo que la interpretación que ofrece tiene, sin duda, una coherencia y solidez poco frecuentes, convirtiéndose así en lectura obligada para todo aquel que se acerque a la filosofía de este pensador.

Las partes de las que consta el libro, son tituladas respectivamente *La teoría del sujeto metafísico en el primer W.* y *La filosofía de la mente en el segundo W.*

La primera parte comienza exa-

minando la teoría del lenguaje de la que se deriva la primera antropología de W. Su punto de arranque es la isomorfía entre lenguaje y mundo, única forma en la que el análisis de la lógica del lenguaje se convierte en vías de acceso al pensamiento. La concepción del lenguaje del W. del *Tractatus* se puede resumir en la teoría figurativa de la proposición, en la que intervienen tres elementos fundamentales: «el mundo (los hechos) como aspecto objetivo de la relación y figurativa; de otro, el lenguaje (las proposiciones) como su aspecto subjetivo; y, finalmente, la forma lógica como *tertium quid* que media entre los otros dos» (página 21). Del análisis de estos tres elementos, aparte de deducirse el sinsentido del *Tractatus*, porque éste consiste en expresar proposiciones que no se refieren a los hechos, aparece como supuesto la concepción del pensamiento como figura lógica, ya que «sólo en virtud de éste (el pensamiento) puede la proposición ser lo que es: una figura de los hechos» (pág. 39), de tal forma que ni siquiera las proposiciones psicológicas caen fuera de este límite ya que «lo que en ellas se conecta no es un objeto con un hecho sino dos hechos entre sí» (pág. 50).

A partir de aquí la autora se enfrenta con el tema del sujeto como límite del mundo tratando la cuestión del solipsismo, que desemboca, a su juicio, en la teoría del sujeto metafísico; ya que «el yo del solipsismo, que es toda la realidad, no puede evidentemente ser ya el sujeto empírico puesto que éste no era más que una parte —un hecho— del mundo. Sin embargo, ei sujetos con que aquí nos encontra-